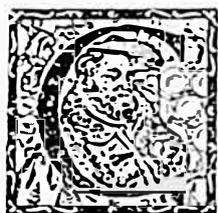


Pablo Schostakovsky

Las letras rusas bajo Catalina la Grande



CATALINA II fué una intelectual en el trono. Hecho único en la historia rusa y, tal vez, en la historia universal. Antes y después de ella Rusia vió zares y emperadores de capacidades, tendencias y conocimientos los más variados, pero ninguno de ellos fué un intelectual; ninguno fué escritor, comediógrafo, amigo de filósofos y enciclopedistas. El glorioso reinado de aquella mujer descomunal cubre 34 años, desde 1762 hasta 1796, y tuvo una enorme influencia sobre las letras y la cultura rusa en general. Su actuación en este sentido merece un comentario aun fuera de sus gestos políticos y su vida galante, que han comentado prolijamente historiadores y ensayistas. Pero empecemos por recordar ¿quién fué y cómo llegó al trono ruso Catalina II?

En 1742, la emperatriz Isabel, hija de Pedro el Grande y la última Romanova que tenía derecho a este apellido, preocupada por la sucesión del trono

ruso, designó heredero a su sobrino y nieto de Pedro el Grande, Carlos Pedro Ulrich, duque de Schleswig Holstein. Cuando el duque, que a la sazón tenía 14 años, fué traído a la corte rusa, Isabel fué sorprendida por su ignorancia y falta de educación. El reinado de aquel hombre prometía ser una gran desgracia para Rusia. Entonces Isabel, asumiendo el papel de madre, se apresuró a instruir y educar al futuro emperador a la manera rusa y ortodoxa. El resultado fué nulo. Cuando el duque llegó a la edad de 17 años Isabel lo casó, eligiéndole por mujer a una pobre princesita alemana, Sofía Augusta Federica Anhalt Zerbst, una niña de 16 años, cuyas condiciones modestas eran una garantía contra la intromisión de su familia en la política rusa. El matrimonio no hizo al joven heredero más serio; le gustaba divertirse, bailar, hacer bromas, jugar a los soldados; completamente privado de tino, de cualquier sentido de medida y de la conciencia de su alto destino, chocaba a la gente más rudimentaria.

Su mujer resultó ser de otra especie. Convirtiéndose al ortodoxismo con el nombre de Catalina, puso todas las fuerzas de su inteligencia y de su corazón en asimilar el espíritu ruso, entrar en el ambiente ruso, iniciarse en los usos y costumbres de la corte rusa y conducirse como una mujer piadosa de la más pura cepa ortodoxa. Juntando a su tino innato un gran sentido común, supo, desde sus primeros pasos en la corte, conquistar la simpatía general. En el idioma ruso hizo

progresos tan rápidos que, durante la ceremonia de su conversión al ortodoxismo, recitó el Credo de corrido y con tal seguridad que maravilló a los presentes. Isabel reconocía en ella una mujer de inteligencia superior y sentía celos aun por su gracia, belleza y juventud. La falta de simpatía que resultó era recíproca y, más tarde, Catalina vengaría sus agravios desacreditando por un lapso considerable el reinado de Isabel en la opinión de la sociedad y de los historiadores rusos.

La vida de Catalina, irreprochable al principio, era muy dura. Alejada de los negocios, abandonada durante días y semanas por su marido, que corría aventuras amorosas, la única distracción que le quedaba era la autodidaxia. Sus dotes de observación y asimilación le ayudaron a completar y desarrollar notablemente su instrucción. Empezó por leer novelas, pero luego se interesó por libros de historia, de viajes, por los clásicos y, en fin, por los filósofos y enciclopedistas del siglo XVIII. Intimidaciones espirituales con los autores más célebres de su época, le dieron una suma de conocimientos que asombraban a sus contemporáneos y educaron su espíritu en una tendencia liberal de tinte filosófico. Por su gran interés hacia Voltaire, Montesquieu y los enciclopedistas en general, ella fué un fenómeno excepcional en la sociedad rusa. La potencialidad de sus medios intelectuales puede ser comparada solamente con las facultades prácticas de Pedro el Grande.

En diez años, Catalina se formó definitivamente y logró en la corte una posición de relieve, llamando la atención de diplomáticos y cortesanos como una mujer de carácter y espíritu de decisión. Estas cualidades suyas, que brillaban aún más sobre el fondo de la insuficiencia flagrante de su marido, hicieron que todos los hombres que representaban o defendían grandes intereses públicos o personales empezaran a buscar la amistad y la gracia de Catalina. El estado de salud de Isabel se iba empeorando, y como todos juzgaban a su heredero incapaz de reinar, Catalina tenía que desempeñar un papel de importancia trascendental. La consideración general le valió la desconfianza de Isabel y de su propio marido, que vivía casi abiertamente con una Vorontzova, sin ocultar a nadie sus propósitos de repudiar a Catalina y casarse con su amante. Aquella perspectiva emocionó a la mayoría de los dignatarios de la corte, y sin que Catalina diera pie para ello, se formó un complot para impedir el advenimiento al trono de su marido. Los conspiradores querían proclamar emperador a su hijo Pablo y designar a Catalina como regente. Pero Isabel murió el 25 de diciembre de 1761, antes que el complot entrara en una fase definitiva, y el duque Holstein subió en el trono con el nombre de Pedro III.

Consciente del odio que inspiraba, el nuevo emperador, en un esfuerzo para conquistar simpatías, hizo volver a todos los desterrados por Isabel, suprimió la temible «Cancillería de investigaciones secretas», y por

el ukaz del 18 de febrero de 1762, libertó a la nobleza de cualquiera obligación para con el Estado. Los consejeros avisados que soplaron a Pedro III aquellos medios de conquistar popularidad en las altas capas sociales, no alcanzaron a ocultar al pueblo la rusofobia del nuevo zar, ni su aversión para el ortodoxismo: Alemán y protestante por su espíritu, licencioso hasta lo inverosímil, Pedro III cometió además dos imprudencias graves: amenazó con enclaustrar a su propia mujer e insultó a la Guardia, tratándola de genízaros y hablando de suprimirla. En estas condiciones no quedaba a Catalina otro recurso que aceptar la sugestión de algunos oficiales influyentes y encabezar la revolución palaciega que derrumbó a Pedro III el 28 de junio de 1762, a los seis meses de su advenimiento al trono.

Catalina fué proclamada emperatriz de Todas las Rusias y su hijo Pablo heredero del trono. Una semana más tarde, Pedro III, llevado como prisionero a Ropsa—una residencia de caza imperial—fué asesinado, bajo un pretexto fútil, por Alejo Orlov, encargado de su custodia. Tal fué el principio novelesco de un reinado, cuyo brillo extraordinario valió a Catalina II el título de «grande».

Lo que sería la tendencia dominante de la nueva zarina era fácil de presumir, considerando los motivos del golpe de estado y la posición de los que lo realizaron. «El siglo de Catalina» fué un siglo ultranacionalista y sumamente favorable a la nobleza. No obs-

tante, Catalina ha sido el primer monarca ruso, después de Pedro el Grande, que tuvo un programa de gobierno. Sus predecesores gobernaban al azar de las fantasías de sus favoritos, y aun Isabel, mujer inteligente pero poco instruída, no hacía sino seguir de lejos las directivas de su padre, que ella adoraba. Catalina tenía hacia Pedro el Grande el mismo culto que Isabel y a menudo consultaba sus actos legislativos, pero reinaba con criterio propio, subordinando sus decisiones a las necesidades y oportunidades del momento.

Los primeros años de su gobierno le resultaron duros. Catalina no se sentía apoyada en el trono, por haberlo ocupado sin derecho alguno. Cerca de ella se encontraban dos pretendientes legales: su propio hijo Pablo y el ex emperador Iván VI, destronado por Isabel en 1741, a la edad de un año y prisionero todavía en la fortaleza de Sliselburgo. La conciencia pública se resentía también por las relaciones íntimas que existían entre Catalina y Gregory Orlov, hermano del asesino de su marido. Entre el pueblo corrían voces de que Pedro III había escapado a sus verdugos y vivía escondido. Los círculos clericales, por su parte, desconfiaban de la sinceridad de la «alemana protestante», a pesar de que Catalina multiplicaba las muestras de su adhesión al espíritu popular ortodoxo... Total, el ambiente general no le era favorable.

Aquellas dificultades en nada frenaron la ardua labor de Catalina. Son raros los monarcas rusos a quienes el pueblo ha visto consagrarse con mayor aplica-

ción y conciencia a su oficio de autócrata. Varios viajes de estudio, que Catalina hizo a través de Rusia para conocerla, acrecentaron su prestigio y popularidad, mientras que la moderación y prudencia manifestadas en la dirección de los asuntos gubernamentales consolidaron, poco a poco, su trono vacilante.

El cautiverio enciclopedista

Ya bajo Isabel Petrovna (1741-1761) el idioma francés llegó a ser un atributo indispensable de la buena educación en la sociedad rusa. La influencia francesa, aceptada primeramente en signo de protesta contra los favoritos alemanes de la emperatriz Anna Ivanovna (1730-1740), afirmándose cada vez más, llegó a imponer a los rusos cultos la literatura francesa, y, como consecuencia natural, la asimilación de las ideas elaboradas por los enciclopedistas y filósofos franceses del siglo XVIII.

La filosofía didáctica que ellos profesaban no brilla por su profundidad, ni por su originalidad, pero tuvo una gran influencia en la sociedad y la literatura contemporáneas por las calidades y talentos de sus promotores: Voltaire, Diderot, Montesquieu, etc., cuyas especulaciones se referían, principalmente, a las cuestiones morales, sociales y religiosas. El rasgo principal de estas doctrinas filosóficas es su carácter racionalistas y su fe en la omnipotencia de la razón humana.

La parte negativa de aquellas especulaciones se fundaba en una crítica acerba y más o menos acertada de las viejas creencias y tradiciones, que no se avenían con el criterio de la razón. Fulminaban las supersticiones, los privilegios sociales, los procedimientos de la antigua justicia con sus tormentos, el fanatismo religioso, la intolerancia y, en general, cualquier estorbo a la libertad de conciencia y de pensamiento. La parte positiva vacilaba, en cambio, sobre una base menos segura. El fin a lograr consistía en la afirmación de la razón como única autoridad suprema, lo que obligaba a tratar con animosidad cualquiera otra autoridad y, en primer lugar, la de la Iglesia y la religión en general.

Entre las ideas «nuevas» propagadas por los filósofos franceses, las principales eran: la idea humanitaria, la del progreso y la del bien público. A nombre del humanitarismo ellos protestaban contra los tormentos y castigos crueles, las leyes injustas, las guerras y sus horrores, preparando así el terreno para el desarrollo del sentimentalismo literario. De estas lecciones humanistas Catalina sacó su famosa instrucción a los jueces: «Mejor es absolver a diez culpables que condenar a un inocente»... La idea de progreso, consecuencia directa de la fe en la omnipotencia de la razón humana, comunicaba a aquella filosofía un carácter optimista; los filósofos estaban convencidos del triunfo de sus teorías y veían la vida reorganizada sobre la base del racionalismo. Optimista fué también

Catalina, sonriente y bienhadada... En cuanto a la propagación de la idea del bien público, los enciclopedistas combatían los aspectos tenebrosos de la vida por medio de la sátira («Cartas persas» de Montesquieu, «Las bodas de Fígaro» de Beaumarchais, «Cándido» de Voltaire, etc.). A este arte los escritores rusos, y entre ellos Catalina, pagaron igualmente un gran tributo; la mayoría de las obras originales de la literatura rusa de aquel entonces es de carácter satírico o crítico. No hay de qué extrañarse: a la luz de las ideas humanitarias, en la Rusia de entonces, había qué criticar y de qué reírse, pero a través de lágrimas...

Los enciclopedistas, en el fondo, no hacían sino popularizar las ideas de pensadores ingleses como Bacon, Locke, Newton y otros, pero, si Voltaire hizo suya la idea inglesa del deísmo y de la religión natural, otros colegas suyos llevaron la negación hasta el ateísmo, y la teoría del sensualismo hasta el materialismo más grosero (Diderot, Helvetius, Holbach, etc.), basando en él la psicología, la pedagogía y la moral. Las huellas de estas ideas extremistas se descubren fácilmente en la ideología de Catalina.

¿Cómo podrían escapar, entonces, a la influencia enciclopedista los intelectuales rusos, si la misma emperatriz servía de intermediario y de guía a la propagación de ideas de la filosofía racionalista? Las intimidades de Catalina con los enciclopedistas llegaron a tal extremo que, cuando la publicación de la Enciclo-

pedia fué prohibida en Francia, Catalina propuso organizar su impresión en Rusia. Diderot vino, en 1773, a San Petersburgo para tratar el asunto, pero, finalmente, este proyecto paradójal no se realizó. No obstante su fracaso, aquella iniciativa comprueba que, en vísperas de la Revolución Francesa, los enciclopedistas ejercitaban sobre Catalina y los intelectuales rusos una verdadera obsesión que merece el calificativo de cautiverio espiritual.

Obra personal de la Semiramis del norte; su «Nakaz»

El testimonio más fidedigno de la influencia que las teorías enciclopedistas ejercían sobre Catalina es su famoso «N a k a z» (Instrucción) a la «Comisión de redacción de un nuevo Código». Este documento comprueba que el interés de Catalina para la obra legislativa, en su sentido abstracto, tiene por raíz los tratados políticos de J. J. Rousseau y los artículos de la Enciclopedia francesa. Al igual de los enciclopedistas, Catalina creía que la felicidad humana depende de las leyes; que las buenas leyes resuelven todas las injusticias de la vida y hacen felices a todos. Con el fin de aplicar esta teoría a su propio pueblo, Catalina dictó el 14 de diciembre de 1766 un ukaz que convocaba a Moscú a los representantes del pueblo y de las instituciones gubernamentales para formar la Comisión redactora de un nuevo Código.

La Comisión se reunió en el Kremlin el 30 de ju-

lio de 1767. Su composición, los defectos de organización de sus deliberaciones, la poca competencia de su presidente, que entendía mal la labor que se trataba de realizar, anularon las esperanzas que Catalina fundaba en ella. La guerra con Turquía, surgida en 1768, interrumpió las sesiones plenarias; varias subcomisiones trabajaron hasta el año 1774, pero Catalina, desilusionada, estaba ya decidida a proseguir su labor legislativa sin recurrir a las luces de los representantes de su pueblo.

El fracaso de la Comisión fué completo, y no podía suceder de otro modo. El «Nakaz», inspirado en el «Espíritu de las leyes» de Montesquieu, en las «Instituciones políticas» de Bielfeld y en el «Tratado de los delitos y de las penas» de Beccaria, era una obra abstracta y sin ninguna relación con los aspectos de la vida rusa, aun con la vida en general. Catalina lo sentía; para evitar el reproche de que su liberalismo chocaba con la realidad rusa, y justificar el carácter abstracto de sus principios, ella quiso demostrar que éstos se encontraban en menor desacuerdo con la vida rusa del aparente: «Rusia es una potencia europea. Tenemos la prueba en el hecho de que, las reformas realizadas por Pedro el Grande tuvieron un éxito tanto mayor cuanto que las costumbres en vigencia en aquel entonces no estaban en relación con el clima; nacieron de la mezcla de varios pueblos y de la conquista de provincias extranjeras. Introduciendo costumbres y usos europeos

en medio de un pueblo europeo, Pedro encontró para sus reformas un terreno más favorable de lo que esperaba . . . » Quiere decir que, según Catalina, la antigua Rusia tenía usos y costumbres contrarios a su espíritu, y que pedían ser reformados. Consecuentemente, los principios abstractos que ahora Catalina quería introducir en Rusia no podían serle extranjeros, aunque parecieran tales a causa de su novedad. En una palabra, si Pedro aceptó las realidades europeas, Catalina aceptó las utopías europeas que en ningún país han sido realizadas.

Salta a la vista que las ideas liberales de Catalina contradecían de modo flagrante la institución de los siervos de gleba que, bajo Pedro III, había perdido definitivamente su justificación oficial, después que la nobleza fué libertada de su obligación de servir el Estado; pero, prisionera del ambiente formado por cortesanos y grandes dignatarios del Imperio, la emperatriz tuvo que plegarse a la tendencia dominante. Como no podía aprobar la servidumbre, formulaba proyectos idílicos de liberación de los siervos que, más tarde, fueron encontrados en sus papeles; por ejemplo, la supresión progresiva de la servidumbre a medida que las propiedades pasasen de unas manos a otras por medio de compraventas. Sin embargo, la perspectiva de una liberación general la asustaba y ella estaba convencida de que «no se debe libertar de un solo golpe, en virtud de una ley, un número demasiado grande de campesinos». Esto no le impide insertar en

su Nakaz ciertas observaciones sobre la necesidad de mejorar la suerte de los siervos, y aun de suprimir el derecho de servidumbre; mas, ninguna de estas observaciones figura en la redacción definitiva. Comparándola con el texto primitivo, se ve que Catalina no hizo un gran esfuerzo para defender sus ideas liberales; el espíritu conservador de sus consejeros lograba vencer sus tendencias enciclopedistas con bastante facilidad. Pero, aun en su forma reducida, el Nakaz produjo una fuerte impresión en Rusia y en el extranjero, por su carácter filosófico y el franco liberalismo de sus tendencias y aspiraciones. En más de 500 párrafos, Catalina expone sus consideraciones sobre el Estado ruso, la forma de gobierno, las clases sociales, los problemas de legislación, el procedimiento jurídico y varios detalles de la vida pública y política, tratando los problemas que se imponen a la atención del legislador.

Si la Comisión fué de poca ayuda a Catalina en el sentido de resultados concretos de legislación, le ayudó, en cambio, muchísimo poniendo a su disposición algo así como un millar de «nakaz'es» (instrucciones) dados por los electores a sus representantes, y que expresaban los anhelos de una buena parte de la población. En la Comisión estaban representadas todas las clases salvo el clero y los campesinos de propiedad privada. La exclusión del clero fué, ciertamente, un tributo al espíritu laico de los enciclopedistas, mientras que la exclusión de los campesinos de propiedad pri-

vada—una concesión al espíritu de la nobleza que los poseía.

* * *

Los ensayos literarios de Catalina constan de obras periodísticas e históricas, razonamientos pedagógicos, artículos satíricos, cuentos didácticos, comedias, óperas cómicas, etc. En los últimos años de su vida Catalina escribió sus famosas *Notas* (en francés), interesantes para la comprensión de su personalidad y actividades.

Entre sus obras referentes a pedagogía se destacan: la *Instrucción al kniaz N. I. Saltykov* en el acto de su nombramiento como educador de los grandes duques (del futuro emperador Alejandro I y de su hermano Constantino) y dos cuentos *Zarevich Jlor* y *Zarevich Fevey*. Son obras escritas en el espíritu de la pedagogía de entonces, es decir, de acuerdo con la razón y la naturaleza, valiéndose de la virtud inteligente y natural. El manual de esta tendencia educativa se encuentra en el *Emilio* de J. J. Rousseau.

El interés que Catalina manifestaba hacia el teatro se expresó, a más de sus preocupaciones administrativas, en más o menos 30 piezas teatrales, escritas de su puño y letra. Bien que son obras didácticas de poco valor literario, presentan siempre interés porque traducen el modo de ser ruso y pintan personajes sacados

de la vida real. «El teatro es una escuela popular, y yo soy en ella el primer profesor», dijo Catalina. Pero, enseñando la moral al público, Catalina no quiere desagradarle por una crítica acerba de sus vicios y defectos; sus sátiras se destacan por su «espíritu sonriente» y castigan las imperfecciones personales, como la avidez, la falsa piedad, la gula, etc., sin mencionar los males fundamentales de la sociedad rusa, como el derecho de servidumbre, la arbitrariedad, la injusticia, la crueldad, etc. Catalina toma el papel de una madre que, condescendiente y comprensiva, enseña a sus hijos mayores como tienen que conducirse en su vida privada.

Las corrientes literarias e intelectuales de la época. — Las ideas llegadas del Occidente dieron a la literatura y el periodismo rusos de la segunda mitad del siglo XVIII un poderoso impulso. Catalina la Grande puede ser considerada como la protagonista de aquella europeización del pensamiento ruso a pesar de las contradicciones flagrantes entre sus principios liberales y sus actos gubernativos. Prácticamente, su reinado resultó ser la época del mayor fortalecimiento de los derechos y las prerrogativas de la nobleza, y del mayor avasallamiento de los siervos. Mas, aquel acrecentar de la injusticia social despertó la conciencia pública y dió origen a una corriente de protesta contra el derecho de servidumbre. El problema campesino empieza a discutirse animadamente en

los círculos intelectuales y aparecen los primeros partidarios convencidos de la liberación de los siervos. Catalina tolera la libre discusión de aquel problema angustioso no sólo en los círculos gubernamentales, sino entre los privados y aun en sociedades culturales. La popularización de las doctrinas enciclopedistas, favorecidas por ella tuvo que producir sus frutos. Si bien las nuevas ideas no podían cambiar de un día a otro el curso establecido de la vida, ellas señalaron un cambio notable en la mentalidad de ciertas personas y, poco a poco, se infiltraron en la sociedad. Casi todas las corrientes intelectuales del siglo XIX tienen su raíz en la época de Catalina. El ejemplo de la emperatriz, que manifiesta respeto por la literatura y la opinión pública, hace crecer las actividades sociales y la conciencia intelectual. De aquí el carácter sumamente complicado de la literatura rusa de aquella época. Las ideas occidentales, así como las nuevas formas literarias, se entrelazan con la herencia del pasado y toman matices correspondientes a las realidades contemporáneas. Gran desarrollo alcanzan la crítica y la sátira social que tratan todos los aspectos de la vida rusa y se expresan con una fuerza particular en las revistas satíricas de Novikov y Krylov. Las comedias de Catalina, Fonvisin, Kaptist, las fábulas de Sumarokov y Jemnitzer, aun ciertas odas de Derjavin, reflejan el mismo espíritu satírico. La fe en la omnipotencia de la razón y del verbo, la fe en que estos factores pueden cambiar

radicalmente la vida, dan a esta literatura un carácter obstinadamente didáctico.

El desarrollo de la iniciativa social en las capitales y aun en la provincia se manifiesta por la aparición de escuelas privadas y de círculos de autodidaxia y de perfeccionamiento moral de la juventud.

En 1773, un ukaz pone fin al monopolio gubernamental de imprenta. En seguida se organizan sociedades editoriales para la traducción y edición de libros. La censura no tiene todavía ni reglamento, ni organización burocrática; es la época de florecimiento de imprentas llamadas «libres».

La abundancia y la variedad de traducciones y de obras imitativas y originales, señalan el principio por la lucha por las formas literarias. La contienda concluirá sólo un medio siglo más tarde, con Pushkin y Gogol, cuando la literatura rusa se hará definitivamente original y nacional. Mientras tanto el clasicismo francés degenera ya definitivamente en odas de falsa majestuosidad, en versos de trivialidad rebuscada, en tragedias que se prestan a la risa por su artificialidad. La misma Catalina aprecia poco las tragedias pseudo-clásicas y, en un «testamento burlesco», da consejos a los literatos: «no recurrir a los zancos donde las piernas pueden servir, es decir, no emplear palabras hinchadas y altisonantes donde las palabras ordinarias parecen más convenientes, bellas, agradables y sonoras; no copiar sermones y no componerlos a propósito; cuando se trata de didáctica, mezclarla con giros agrada-

bles, para disipar el aburrimiento, para no ocasionar ataques histéricos a las mujeres hermosas de tacos altos; envolver la sabiduría en la claridad, y la profundidad del pensamiento en un estilo fácil, para que todos alcancen a aprovecharlo; suprimir del todo la vacuidad y estupidez, si para ello hay posibilidad.

Obedeciendo la voz del buen sentido, el clasicismo ruso empieza a evolucionar. Las viejas formas se descomponen y, bajo la presión de ideas nuevas que fermentan, toman aspectos nuevos, se combina con formas nuevas. Al lado de la literatura de imitación extranjera, que aun sobrevive, se desarrolla un proceso de significado profundo, dirigido contra la tendencia pseudo-clásica estéril y desordenada; proceso que fomenta el gusto artístico elemental, junto con el anhelo, todavía nebuloso, de la originalidad literaria nacional. En las viejas formas, ya condenadas, penetra y las hace estallar un contenido nuevo: los poemas de Jeraskov traducen ideas masónicas; las odas de Derjavin contienen, aparte del elemento satírico, un divertido estilo ruso; las comedias, y las óperas cómicas mezclan los modos clásicos y ordinarios...

Entre tanto sorprenden a la literatura rusa las nuevas tendencias occidentales: el sentimentalismo y el romanticismo. Se publican traducciones e imitaciones de Richardson, Sterne, Lessing... El público ruso se interesa aún por Shakespeare, que los nuevos autores contraponen a los clásicos franceses. La comparación de la literatura rusa con la realidad, fomenta el

interés hacia el pasado, desarrolla la conciencia y el orgullo nacionales, realzados aún por los éxitos militares de Rusia y el crecimiento de su potencia y significación política.

De aquí un creciente interés por la poesía popular y la penetración de elementos populares en la poesía y el idioma literario. El acercamiento de la palabra impresa a la lengua hablada acentúa, a su vez, el acercamiento de la literatura a la vida. Con ello la época de Catalina la Grande adquiere el significado de un período transitorio que prepara la base del próximo florecimiento de las letras rusas, de su siglo de oro. Por primera vez los literatos empiezan a coleccionar obras de la poesía popular: Chulkov edita, en 1780, una colección de cuentos y «blyna's»; Bogdanovich, cumpliendo la voluntad expresa de Catalina, edita una colección de adagios (1775-1790); Nicolás Lvov da a conocer, en 1793, una colección de canciones populares. A pesar de que los autores referidos tratan de «mejorar» el fondo y la forma de la poesía popular, los que les parecen demasiado vulgares, el esfuerzo no será perdido. Ya en las piezas teatrales de la misma Catalina aparecen canciones y detalles del ritual popular; y los cuentos y «blyna's» se transforman en novelas cuyos personajes empiezan a hablar un rico vocabulario popular. ¡La alborada de gloria literaria se acerca!

Resonancia de la revuelta de Pugachiev y de la Revolución Francesa en

las esferas gubernativas e intelectuales.—Un iniciado en la historia de Catalina la Grande, al leer su correspondencia con los sabios propagadores del racionalismo, precursores de la Revolución Francesa; al hojear su famoso Nakaz y sus epístolas dirigidas a sus propios súbditos y colaboradores, queda perplejo comprobando el desacuerdo flagrante entre su línea ideológica y su actitud práctica. Varios son los investigadores que acusan a Catalina de duplicidad y toman sus relaciones con los filósofos franceses como una ignominiosa coquetería intelectual. Me parece más justo considerar que Catalina manejaba las doctrinas enciclopedistas exactamente como los intelectuales rusos y españoles manejaban más tarde las doctrinas anarquistas y comunistas, sin darse cuenta de las consecuencias prácticas de aquel juego; aun los menos ingenuos entre ellos no preveían los aspectos que tomaría la revolución una vez desencadenada. La suerte del enciclopedista Condorcet que, con muchos de sus colaboradores y secuaces, fué guillotinado por sus ex compañeros, no sirvió de lección ni advertencia a nadie. Pero, suponiendo aún que los enciclopedistas del siglo XVIII, como los intelectuales rusos y españoles del siglo XX, hubieran previsto el giro que las respectivas revoluciones tomarían, ¿hubieran ellos cambiado su mentalidad y su modo de razonar? Creo que no, ya que el verdadero móvil de los teóricos del progreso social es su «conciencia», independiente de toda sensación o preocupación de peligro.

Tal ha sido el caso de la gran Catalina. Ella profesaba ideas más bien raras para una zarina autócrata, pero las profesaba porque su conciencia le insinuaba la belleza humanitaria de las doctrinas enciclopedistas, entre las cuales ella no supo distinguir lo utópico de lo real, y lo malo del bueno. Ciertamente, como todos los humanos, ella coqueteaba algo con su propia inteligencia; le gustaba desempeñar el papel de Semiramis del Norte, de ser original; pero, tomando en consideración el ambiente y la organización social en medio de los cuales sus tendencias liberales tenían que aplicarse, salta a la vista lo mucho que ella hizo para la propagación de su modo de pensar liberal.

La revuelta de Pugachiev, que casi comprometió, no digo la paz, sino la existencia del estado ruso, fué una advertencia tanto más tremenda, cuanto que sus aspectos y éxito parecen incomprensibles y fantásticos: un cosaco analfabeto, y con el físico de un mujik, toma el nombre de Pedro III muerto, logra sublevar a todo el Sureste de la Rusia europea, extermina la nobleza en una docena de gobernaciones y territorios, toma ciudades como Simbirsk y Kazán, y amenaza ya a Moscú cuando, por fin, es vencido por las tropas leales. Su caída se debe, principalmente, a la ignorancia suya y de sus colaboradores que no supieron organizar un ejército regular, ni administrar las extensas regiones conquistadas.

Esta revuelta dió a Catalina una idea precisa de los verdaderos sentimientos de millones de sus súbditos.

tos, mientras que los excesos de la revolución francesa le proporcionaron la enseñanza de los medios que emplean las ideas aun humanitarias de libertad, fraternidad e igualdad, para lograr su aplicación práctica. Catalina se espantó al medir la distancia que separa el ideal de su realización. La suerte de los escritores liberales como Radischev y Novikov, aprisionados, comprueba cuál fué su reacción. Sería injusto culpar de ello solamente a Catalina; reaccionaron sus colaboradores y luego una buena parte de los rusos cultos, impresionados por los acontecimientos políticos y el giro que ellos tomaban. Es algo muy humano; para insistir en la doctrina liberal se necesita, además de la voz de la propia conciencia, abnegación y aun cierta vocación para el martirio. La sociedad rusa no estaba todavía lista para proporcionar hombres capaces de sacrificios a nombre de la justicia social, y los últimos años de vida de Catalina, así como el reinado de su hijo Pablo I (1796-1801) marcaron una tendencia francamente reaccionaria. No obstante, hay que reconocer que Catalina ayudó poderosamente a sembrar las simientes que dieron sus frutos en el siglo XIX bajo la forma de una maravillosa expansión de las letras rusas que educaron la conciencia nacional, la obligaron a pensar en la justicia social, y afirmaron el prestigio del arte y de la cultura rusa en el mismo Occidente.